

Pequeña antología de Julián Cañizares Mata

A modo de poética

La consciencia es el mayor valor de la naturaleza, después del nacimiento. Y la consciencia de la propia consciencia es el inicio de todo poema. Como un lugar, nuevo, o viejo, visitado o descubierto, el poema existe para depositar un tiempo y un espacio de consciencia. A partir de aquí, la sorpresa, la revolución, la calma y el infinito. El desarrollo de los poemas en lo sucesivo: para una sensación de equilibrista, dentro de una respiración simbólica sin paliativos, sin más afán que quedarse tranquilo (como el viento), ojalá que en una belleza individual y única.

Ser lo único que ha reseñado esa consciencia, sentirse el yo más importante de lo que rodea a ese yo. Un acto egoístamente humilde, sencillo, vital, una aclaración sin término. El lenguaje, mientras tanto, también nace, y toma consciencia, y fluye junto a toda esa aclaración permanente. Sin lenguaje consciente no habría modo de respetar la naturaleza del acto poético, como sin mapa no habría manera de existir un lugar. Así pues, cuando escribo, continúo el mapa.

La calma

Todo ser tiene una parte invisible.

Toda palabra. El ciervo es un salto invisible,
y cuando es visible, el salto es un ciervo.

Los leucocitos están dentro del lenguaje,
y gesticulan para que las palabras los vean.

Dentro de la cueva, hay una salida de ella.

Las sombras, lo luminoso de un futuro.

Todo parece pensado para tener invisibles
consecuencias (las causas son sus causas).
Entonces, ¿qué continúa tras la declaración?
Tirar la parte invisible es como tirar
un niño dentro de un caballo.
Como arrojar la cosa sobre la propia palabra.
Es mejor tener un paréntesis de todo.
Que todo lo vivido pueda estar en uno,
y fuera de él, entrando y saliendo (por si acaso).

(De *Cuarenta ciervos invisibles*, La Isla de Siltolá, 2024)

Breve historia de la democracia española

Yo te pegué una hostia.
Tú me pegaste una hostia.
Los dientes fundaron un partido político.

Un hijo

Tuve un hijo y ya todo lo demás dejó de importarme.
Dejó de importarme el devenir de la poesía española.
Dejó de importarme la política nefasta y el olor a cruz.
Dejó de importarme estar o no estar, ser o no ser.
Incluso dejaron de importarme las sanciones fiscales.
Es posible que todo tenga una solución sin mí. Que

haya personas que actúen en mi nombre, y que mi yo esté representado en un montón de yoes desconocidos. Supongo que soy una persona que ha dejado de vivir un yo contextualizado, para vivir un yo extraordinario. Pocos campos han conseguido puertas. Pero eso, a mí, ya no me importa. Porque tuve un hijo, y así vivo.

Quince despertares

En la escuela, en el instituto, en la universidad. Todos deberían escribir un poema de amor para poder pasar de curso. Los profesores, también. (Pero ellos para poder seguir siendo profesores). Luego, esos poemas deberán ser guardados. En un archivo municipal. En ese archivo habrá palabras resguardadas del quicio de la violencia. Todos pondrán leer sus poemas. Una vez al año, irán con sus familias. Con amigos, con ellos mismos. Y los leerán. Y no podrán salir del poema sin haber visto qué sintieron en aquel momento, cuando tuvieron que pensar en el amor. Quizá no sirva para mucho. Pero no se me ocurre otra idea mejor, menos mala, de acabar con la violencia. Algo que sea perfecto.

Veintiún saludos

Me compré un icono bizantino. Lo metí en la maleta, tomé el avión, y volví a casa. Lo colgué

en la pared. Tres semanas más tarde,
se cayó al suelo.

(Cuando lo compré, la dependienta
me sonrió como si fuera su novio.

En la maleta, no sufrió ni el icono
ni el viaje.

Cuando tomé el avión,
me ayudaron a encontrar mi asiento.

Ya en casa comprobé que mi casa
tenía la justa medida para tener luz.)

Durante esas tres semanas,
fui a pasear y tuve setenta saludos,
doscientos pensamientos positivos,
cuatro intentos de saltar y saltar.

Pero cuando lo encontré en el suelo,
la violencia me dijo: eh, qué tal.

Y yo le dije: te estaba esperando,
pero no por ello estaba sufriendo.

Catorce fríos

Una vez, fui de camping. Dormí en una tienda
de campaña, y en pleno invierno me desperté
y salí de ella, al pleno invierno. Hacía mucho
frío, mucho frío. Estaba nevado, había un reno,
una rama caída por el peso de la nieve, y el aire
dolía dentro de los pulmones. Me pareció
que la naturaleza era violenta, y mi percepción
de ella no lo era. Al contrario: estaba bien,
estaba donde quería estar. ¿Quién quiere estar
en pleno frío, en plena nieve, en pleno reno?
¿Quién desea salir de una tienda de campaña
y sentir el frío por todas partes, y no saber

si ese frío se quitará un minuto después, o dos años después; o quizá nunca; o quizá hace años?

Consecuencias

Las cosas no son lo que parecen.
Todo gira en torno a proyectar palabras.
Las palabras no deben dinero.
Se escuchan disparos en tu corazón.
Parece que hoy va a llover sin ganas.
Las ganas de inventar palabras viejas.
El código de enamorarse está roto.
La contraseña es de un solo grito.
Dicen que va a llover y no lo parece.
La soledad es eso que nos acompaña.
Los dibujos de un sobrino la matan.
Dejo de inventarme causas.
Quiero estar debajo de un árbol ruso.
Las corrientes marinas me acorralan.
Fundan ciudades dentro de los pueblos.
Los disparos también se disculpan.
Las cosas no son lo que parecen.
Es tiempo de amar sin consecuencias.
El futuro es una metáfora de bosque.
Una proyección de una rama rota.
Es tiempo de amar y de quererlo.

Cielo

Los cielovistos no son iguales a los cielonovistos.
Carecen los cielovistos de la tragedia del noempre,
y los sentados no se confunden con los postprefijos.
Los sentados cielan y cielan y temen desaparecer,
ciélicamente, y estarecen en máximo de intro.
Huyen del cielonovisto como la pradera del tren.
Es la sensación el germen de la vida generada y luz,
y esa sensación deriva de las palabras del futuro,
como si cielar fuera una repleta despuesta de irs.
Los sentados dueñan con la paz, con la brisa raízica,
con la permanencia loable de las naturalezas propias,
cuando se alcanza, entre los síes bellos, el total.

(La lealtadmantenimiento, La Isla de Siltolá, 2015)

Niebla

un tumulto de razones en piedras dentro
de razones con piedras dentro de razones
dentro de las razones y las piedras
La niebla sola por tanto por tanto ella sola
encuadre puro Y los tumultos son tumultos
dentro de piedras más allá de ellas solas
sin razones con trayectoria con final
dentro de principio sin final
pobre niebla sin funcionamiento de tan
sólo niebla

XX (Recuerdos)

los diarios de Travis han sido encontrados en perfecto estado.
La letra es clara, sin faltas de ortografía, margen de dos centímetros a derecha e izquierda. Nadie los ha reclamado, nadie se ha interesado por ellos. Extraña toda esta incomunicación, por la tarde y por la mañana, por la noche y por la calle; ni siquiera están dentro de vitrinas o protegidos por una ley secreta. No hay oposición alguna y hasta es posible que dejen fotocopiarlos. Nadie está tan ocupado como para no poder beberse un vaso de agua. Sin embargo, a pesar del buen estado de los diarios de Travis nadie ha venido a leerlos; quizá la culpa la tuvo él por haberlos escrito con buena letra. Estamos a finales de agosto.

(De *Travis poemas*, Diputación de León, 1999)

Hay días que pienso muchas veces en mí.
Esos días me fijo más en las cosas, visito
los parques, escucho el ruido de las terrazas.
Formo parte de la naturaleza, en el desorden,
desde la lentitud de lo que siempre hay.
Al menos sí soy, existo porque sí, hasta que.
En ese momento, cuando pienso en mí,
digo: qué suerte. Pero también digo: por qué.

Si tuviera a mi lado una cascada bebería,
lo mismo que si tuviera una copa de vino.
Vivo encima de mi vida, y a veces debajo.
Y cuando pienso en lo que es en medio
hay algo en la vida que me dispersa,
y me hace sentir otra cosa, respirar sin más.

(De *Sustituir estar*, DVD Ediciones, 2009)